

no, que al pronto nadie comprendió lo que aquello significaba. Preguntábase unos á otros quién era el que gritó, no pudiendo creer que un hombre tan sereno hubiese arrojado en medio de la sala de la audiencia tan espantoso grito.

Pero esta duda solo duró algunos segundos. Antes de que el presidente ó el fiscal pudiesen pronunciar una sola palabra, antes de que los gendarmes ó los porteros hubiesen podido hacer alguna demostracion, el señor Magdalena se acercó á los testigos Brevet, Cochepaille y Chenildieu y les preguntó:

—No me reconocéis?

Los tres quedaron atontados, indicando con un movimiento negativo de cabeza que no le reconocían. Cochepaille, intimidado, le hizo un saludo militar. El señor Magdalena, volviendo la cabeza hacía los jurados del tribunal, dijo:

—Señores jueces, mandad que pongan en libertad al acusado. Señor presidente, mandad que me prendan. El hombre que buscáis no es él; soy yo. Yo soy Juan Valjean.

El auditorio ni siquiera respiraba. A la conmocion del asombro siguió un silencio sepulcral. Sentíase en la sala el terror religioso que sobrecoge á la multitud cuando vá á realizarse algun acto grandioso.

En la fisonomía del presidente estaban retratadas la simpatía y la tristeza, y cambió un gesto rápido con el fiscal y algunas palabras en voz baja con los jurados. Dirigiéndose despues al público, preguntó con entonacion que todo el auditorio comprendió:

—¿Hay algun médico entre la concurrencia?

El fiscal tomó la palabra y habló así:

—Señores jurados, el incidente extraño é inesperado que acaba de pasar me inspira, lo mismo que á vosotros, un sentimiento que no necesito expresar. Todos conocéis, por lo menos de nombre, al respetable señor Magdalena, alcalde de Montreuil-sur-Mer. Si hay algun médico entre los asistentes, unimos nuestra voz á la del señor presidente para rogarle que examine al señor Magdalena y le acompañe á su casa.

El señor Magdalena no dejó concluir al fiscal, interrumpiéndole con un acento lleno de mansedumbre y de autoridad. Pronunció las siguientes palabras literales, que escribió un testigo presencial de aquella escena:

—“Os doy las gracias, señor fiscal, pero no he perdido el juicio. Os lo voy á

probar. Estábais á punto de cometer una gran injusticia; dejad libre al acusado. Al denunciarme cumplo con mi deber; yo soy el criminal que buscáis. Soy el único que vé claro aquí; os digo la verdad. Dios desde el cielo juzga lo que yo hago en este instante, y esto me basta. Podeis prenderme, porque yo mismo me entrego. Mirando por mi propio interés, he vivido mucho tiempo con otro nombre; llegué á ser rico, me nombraron alcalde y quise vivir y alternar con los hombres honrados; pero ya he visto que eso no puede ser. Robé á monseñor el obispo de Digne, esto es verdad; robé á Gervasillo, esto es verdad tambien. Tuvisteis razon para decir que Juan Valjean era un desgraciado y un perverso, pero no fué suya toda la culpa. Creedme, señores jueces, un hombre tan infamado como yo no debe quejarse de la Providencia ni aconsejar á la sociedad; pero ya estais viendo que es cosa nociva la infamia de que quise desprenderme, y que el presidio hace al presidiario. Sobre esto debeis meditar. Antes de ir á la cárcel era yo un pobre aldeano, casi rústico, casi idiota, y el presidio me transformó. Era estúpido y me volvió perverso; era leño y me convirtió en tizon. Más tarde la bondad y la indulgencia me salvaron de la perdicion á que antes me arrastró la severidad. Pero perdonadme si os hablo de lo que no podeis comprender. En mi casa, entre la ceniza de la chimenea, encontrareis la moneda de dos francos que hace siete años robé á Gervasillo. Nada tengo ya que decir: prendedme. Veo que el señor fiscal mene la cabeza dando á entender que á Magdalena se le ha trastornado el juicio. No me creéis! Esto es lo más triste. Al menos no condeneis á un inocente. ¡Los testigos tampoco me reconocen! Si Javert estuviese aquí, él sí que me reconocería.”

Imposible es expresar la melancolía triste y tranquila que acompañó á sus últimas palabras.

Volviéndose despues hácia los testigos, les dijo:

—Nos conocemos, Brevet; ¿os acordais?...

Se interrumpió, vaciló un instante y añadió:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de cuadros que usabas en el presidio?

Tuvo Brevet una sacudida de sorpresa, y espantado, le miró de piés á cabeza.

—Chenildieu, tienes quemado todo el

hombro derecho, porque te echaste un día sobre un brasero encendido para borrar las tres letras T. F. P., que aun se conocen bastante. Responde: es verdad?

—Es verdad! contestó Chenildieu.

Dirigiéndose luego á Cochepaille, le dijo:

—Tú, Cochepaille, tienes cerca de la sangría del brazo izquierdo una fecha grabada con letras azules y con pólvora quemada. La fecha es la del día del desembarque del emperador en Cannes el 1.º de Marzo de 1815. Destápate la manga.

Cochepaille obedeció, y todos los concurrentes contemplaban su brazo desnudo; un gendarme acercó una luz y se cercioraron de que el señor Magdalena decia la verdad.

El desventurado se volvió hácia el auditorio y hácia los jueces, sonriendo de un modo indescriptible; su sonrisa indicaba su triunfo y su desesperacion.

—Podeis ya convenceros, dijo, de que soy Juan Valjean.

No habia ya en aquel recinto ni jueces, ni acusadores, ni gendarmes; solo habia ojos fijos y corazones conmovidos. Nadie se acordaba ya del papel que tenia obligacion de desempeñar; el fiscal olvidó que estaba allí para acusar, el presidente para presidir y el defensor para defender. Nadie preguntó nada al señor Magdalena, no intervino contra él ninguna autoridad. Los espectáculos sublimes se apoderan del alma y convierten en meros espectadores á todos los que los presencian. Ninguno quizás se daba cuenta de lo que por él pasaba; ninguno podia decir tal vez que veia allí una gran luz, y sin embargo, interiormente todos estaban deslumbrados.

Estaban todos convencidos de que Magdalena era Juan Valjean. Su aparicion bastó para poner en claro aquel asunto, antes tan oscuro. Sin necesidad de ninguna explicacion, toda la concurrencia comprendió en seguida, como por medio de revelacion eléctrica, la sencilla y magnífica historia del hombre que se entregaba para impedir que por él condenasen á un inocente. Los detalles, las dudas, las resistencias posibles, se perdieron en este hecho vasto y luminoso. Fué rápida esta impresion, pero irresistible.

—No quiero perturbar vuestra atencion por más tiempo, repuso Juan Valjean. Ya que no me prenden, me voy. Tengo mucho que hacer. El señor fiscal me conoce ya y sabe dónde voy; pue-

de cuando quiera mandar que me prendan.

Magdalena se dirigió á la puerta de salida. Ni se oyó una voz contra él, ni nadie extendió el brazo para detenerle; al contrario, todos se apartaron para que pasase. Juan Valjean habia adquirido en aquel momento esa superioridad que obliga á la multitud á retroceder delante de un hombre. Atravesó por entre la concurrencia á paso lento: no se supo quién abrió la puerta, pero estaba ya abierta cuando llegó á ella, y al salir dijo:

—Señor fiscal, estoy á vuestra disposicion.

Despues añadió, dirigiéndose al auditorio:

—Todos creéis que soy digno de compasion. No es verdad? Pues yo me creo ahora digno de envidia, y sin embargo, preferiria que nada de esto hubiera sucedido.

Salió, y la puerta se cerró como se habia abierto; porque los que ejecutan acciones magnánimas deben estar seguros de encontrar siempre sirvientes entre la muchedumbre.

Una hora despues el veredicto del Jurado declaraba inocente á Champmathieu, que fué puesto en libertad en seguida y que salió de allí estupefacto, creyendo que todos aquellos hombres estaban locos y sin comprender nada de lo que oyó y presenció.

## LIBRO OCTAVO.

### Reaccion.

#### I.

Espejo en que Magdalena se mira el cabello.

Empezaba á amanecer. Fantina habia pasado una noche de fiebre y de insomnio, mecida por halagüeñas esperanzas, y no se quedó dormida hasta la madrugada. Sor Simplicia, que pasó la noche velándola, aprovechó aquel sueño para prepararla una nueva pocion de quinina, y hacia algunos minutos que estaba en el laboratorio de la enfermeria, entre drogas y redomas, cuando de pronto volvió la cabeza y dió un grito: el señor Magdalena, que entró silenciosamente, estaba delante de ella.

—Sois vos, señor alcalde! exclamó.

Magdalena le preguntó en voz baja:

—Cómo sigue esa pobre mujer?

—No vá mal por ahora, pero nos vamos apuradas.

Sor Simplicia le refirió lo sucedido: que Fantina estuvo muy grave el día anterior, pero que se había mejorado al creer que el señor alcalde había ido á Montreuil á traerle su hija. La hermana no se atrevió á preguntar al alcalde dónde fué, pero conoció que no venía de Montreuil.

—Hicisteis bien en no desengañarla, dijo.

—Sí, contestó sor Simplicia; pero ahora que verá que no traeis la niña, ¿qué le diremos?

El alcalde quedó un momento pensativo.

—Dios nos inspirará! exclamó.

—Sin embargo, no se la podrá mentir, dijo la religiosa á media voz.

Era ya completamente de día y la luz iluminaba de lleno el rostro del señor Magdalena. La casualidad hizo que sor Simplicia alzase los ojos y le mirase.

—Dios mio! exclamó; ¿qué os ha sucedido? Habeis encanecido!...

—He encanecido! repitió el alcalde.

Sor Simplicia no gastaba espejos, pero metió la mano en un cajón y sacó un espejito de un estuche de instrumentos del médico de la enfermería, que servía á éste para comprobar cuando un enfermo no respiraba ya si estaba muerto. El señor Magdalena tomó el espejo, y contemplándose, dijo:—Calla! Es verdad!—Pronunció estas palabras con indiferencia, como si pensase en otra cosa.

La religiosa se quedó helada, comprendiendo que al señor Magdalena le sucedía algo extraordinario de que ella no podía darse cuenta.

—Puedo ver á la enferma? la interrogó el alcalde.

—No se acordará de su hija al veros? se atrevió á preguntarle sor Simplicia.

—Sin duda, pero se necesitan dos ó tres días para traerla.

—Si no os viese hasta entonces, replicó tímidamente sor Simplicia, no sabría que habíais regresado; ella tendría paciencia, y cuando viese á su hija creería que habíais vuelto con ella. De este modo no tendríamos que decirle ninguna mentira.

El señor Magdalena reflexionó algunos instantes, y despues dijo con su gravedad habitual:

—Es preciso que yo la vea. Tal vez estoy de prisa.

La religiosa aparentó no fijarse en el tal vez, que daba significado oscuro y particular á las palabras del alcalde, y respondió con voz respetuosa y bajando la vista:

—En ese caso podeis entrar; está durmiendo.

Magdalena hizo algunas observaciones acerca de una puerta que cerraba mal y cuyo ruido podía despertar á la enferma, y entró en seguida en el cuarto de Fantina, se acercó á la cama y recorrió las cortinas. La enferma estaba durmiendo. El aliento salía de la boca de ésta con el ruido lúgubre propio de las enfermedades de su clase; pero la penosa respiración apenas turbaba la inefable serenidad de su rostro, que se transfiguraba durante el sueño. Su palidez se había convertido en blancura; sus pupilas estaban rojas; sus largas y rubias pestañas, única belleza que le quedaba de su virginidad y de su juventud, se agitaban, á pesar de tener los ojos cerrados. Todo su cuerpo temblaba con movimiento semejante al de alas dispuestas á entreabrirse y llevársela, cuyo aleteo era invisible, pero se sentía. Contemplándola entonces nadie hubiera creído que era una enferma casi desahuciada. Más que estar próxima á morir, parecía estar próxima á volar.

Cuando se acerca la mano á una rama para arrancar una flor, aquella tiembla y parece que huya y que se ofrezca al mismo tiempo. El cuerpo humano participa de ese temblor cuando llega el instante en que la mano misteriosa de la muerte vá á apoderarse del alma.

Magdalena permaneció algun tiempo inmóvil al lado de la cama, mirando alternativamente á la enferma y al crucifijo, como le sucedió dos meses antes, el día en que fué á verla por vez primera á aquel asilo. Los dos estaban en la misma actitud: ella dormía, él oraba; pero en los dos meses transcurridos el pelo de Fantina se hizo gris y el de Magdalena blanco. Sor Simplicia no había entrado con el alcalde. El señor Magdalena permanecía al lado de la cama, en pié, con el dedo sobre los labios, como si impusiera silencio á alguno.

Fantina abrió los ojos, le vió, y serena y sonriente le preguntó:

—Y Cosette?

## II.

Fantina feliz.

Fantina, radiante de alegría, hizo la pregunta anterior con tan profunda fé, con tanta certidumbre, con carencia tan completa de inquietud y de duda, que no creyó necesarias más palabras.

—Sabia que estábais ahí y hasta durmiendo os veía. Hace mucho tiempo que os veo y que os sigo con la vista toda la noche. Estais en una especie de gloria rodeado de caras celestiales.

Dirigió las miradas al crucifijo y añadió:

—Pero, dónde está Cosette? ¿por qué no la habeis dejado en la cama para que yo me encontrase con ella al despertarme?

Magdalena respondió maquinalmente algunas palabras, que luego nunca ha podido recordar.

Por fortuna, el médico, enterado de todo, acudió en auxilio del alcalde, y la dijo:

—Hija mia, calmaos, que vuestra hija está aquí.

Los ojos de Fantina se iluminaron y cubrieron de claridad toda su fisonomía.

—Oh! exclamó, traédmela.

Tierna ilusión de madre! Cosette era aun para ella el niño que se lleva en brazos.

—En este momento no, la contestó el médico. Aun teneis calentura y la vista de la niña os agitaría y os pondría peor. Ante todo es preciso curaros.

Fantina le interrumpió, exclamando:

—Si estoy ya buena! os digo que estoy ya buena. Vaya un médico estúpido! quiero ver á mi hija; quiero verla.

—Os habeis exaltado ya, que es lo que yo no quería. Mientras no salgais de ese estado me opondré á que veais á la niña, porque es indispensable que vivais para ella. Cuando os vea razonable, yo mismo la traeré.

La pobre madre dobló la cabeza y dijo:

—Señor doctor, os pido perdon humildemente. En tiempos pasados no hubiera hablado de este modo; pero han llovido sobre mí tantas desgracias, que muchas veces no sé lo que digo. Comprendo que teneis que me emocione, pero os aseguro que no me perjudicará el ver á mi hija. Mis ojos no cesan de verla desde ayer noche. Si me la presentan la hablaré tranquilamente y sin

conmoverme. ¿No son naturales mis deseos? Pero no estoy enfadada; sé que voy á ser feliz. Toda la noche he estado viendo nubes blancas y personas que me miraban sonriendo. Cuando quiera el médico me traerán á Cosette. Estoy ya sin calentura y curada, pero voy á portarme como si estuviese enferma y á no moverme para complacer á las hermanas que me cuidan. Cuando vean que estoy muy tranquila, dirán:—Entreguémosla su hija.

El señor Magdalena se había sentado en una silla, al lado de la cama. Fantina se volvió hácia él, haciendo visible esfuerzo para aparecer "muy juiciosa", como ella decia durante el abatimiento de su enfermedad, parecido á la debilidad de la infancia, con la idea de que al verla tan tranquila, no tuviesen inconveniente en traerla su hija. A pesar de contenerse, no pudo prescindir de hacer algunas preguntas al señor Magdalena:

—El señor alcalde tuvo feliz viaje? Sois tan bueno que habeis ido por ella!... Decidme no más cómo está. ¿Ha resistido bien el camino? Ya no me conocerá!... Me habrá olvidado mi vida? Los niños no tienen memoria; son como los pájaros. Hoy ven una cosa, mañana otra, y luego ya no se acuerdan de nada. ¿Llevaba la ropa limpia? ¿La tenían aseada los Thenardier? Comia bien? ¿Cuánto le sufrido al preguntarme todo eso en el tiempo de mi miseria!... Ahora ya pasó; ahora ya soy feliz. Estoy deseando verla!... Es muy guapa, señor Magdalena? Debeis haber sentido mucho el frío en la diligencia. Traédmela un momento y se la llevarán en seguida. Decidlo vos, que mandais aquí.

Magdalena cogió á Fantina la mano y la dijo:

—Cosette es muy linda, está buena y la vereis pronto; pero tranquilizaos. Hablais con demasiada viveza, sacais los brazos fuera de la cama y esto os hace toser.

En efecto, varios golpes de tos interrumpian á la enferma con frecuencia.

Fantina calló, creyendo haber comprometido con alguna frase apasionada la confianza que trataba de inspirar, y prosiguió hablando de cosas indiferentes.

—¿Es bonito Montfermeil, no es verdad? En el verano acuden allí muchas partidas de campo. Es un buen sitio de recreo. Hacen negocio los Thenardier? No entra mucha gente en su posada, que es un mal figon.

Magdalena tenia á Fantina asida aun

de la mano y la contemplaba con ansiedad; era evidente que fué allí para hablarla de cosas importantes, y que sin embargo no se atrevía ahora. Cuando el médico terminó la visita se retiró, y quedaron con la enferma el alcalde y sor Simplicia.

En medio del silencio que reinaba en el aposento, Fantina exclamó:

—Dios mio! Ya la oigo! ya la oigo!...

Extendió el brazo como imponiendo silencio, contuvo la respiración y escuchó con ansiedad.

La voz que oía era de una niña de la portera ó de cualquier trabajadora que estaba jugando en el patio. Era una de esas casualidades que ocurren y que forman parte del misterio que rodea á los sucesos lúgubres. La niña iba y venía corriendo para entrar en calor, y cantaba en alta voz.

—Oh! dijo Fantina, es mi Cosette!...

La niña se alejó, como se había aproximado: ya no se oyó, pero Fantina aun permaneció escuchando algunos momentos. Despues se entristeció su fisonomía y Magdalena la oyó decir en voz baja:

—¡Qué mal hace el médico en no dejarme ver á mi hija! ¡Tiene mala cara ese hombre!

Pronto volvieron á adquirir sus ideas su fondo risueño, y continuó así, hablándose á sí misma:

—Vamos á ser muy dichosas! Tendremos un jardincillo, porque el señor Magdalena me lo ha prometido, y mi niña jugará en el jardín. Ya debe saber deletriar. La veré correr en el jardín á las mariposas; despues hará su primera comunión. ¿Cuándo comulgará por primera vez?

Se puso á contar con los dedos.

—Uno, dos, tres, cuatro... tiene siete años. Dentro de cinco. Llevará velo blanco y medias caladas, y parecerá una mujercita. Qué tonta soy! ¡Pues no estoy pensando en la primera comunión de mi hija!...

Y se echó á reír.

Magdalena había soltado la mano de la enferma y escuchaba sus palabras como se oye el viento que muje, con la vista en el suelo y el espíritu sumido en profundas reflexiones.

De repente Fantina dejó de hablar, y esto hizo que el alcalde levantara la cabeza. Fantina tenía su fisonomía espantada.

Sin hablar, sin respirar casi, se había incorporado; su hombro huesoso salía fuera de la camisa; su rostro, tan alegre

momentos antes, estaba lívido; su vista parecía fijarse en alguna cosa formidable que estaba delante de ella, en el otro extremo del aposento, y la miraba con ojos que el terror abría desmesuradamente.

—Dios mio! Qué teneis, Fantina? la preguntó Magdalena.

Fantina no respondió ni apartó la vista del sitio en que la fijaba, pero le tocó en el brazo con una mano y con la otra le indicó que mirase detrás de él.

Magdalena volvió la cabeza y vió á Javert.

### III.

Javert contento.

Acababan de dar las doce y media de la noche cuando el señor Magdalena salió de la sala del Tribunal de Arras. Volvió á la posada precisamente en el instante en que iba á salir el correo, en el que había tomado un asiento, y antes de las seis de la mañana estaba de regreso en Montreuil-sur-Mer. Su primer cuidado fué echar al correo la carta que escribió para el señor Laffitte, y despues ir á la enfermería á ver á Fantina.

Apenas salió de la sala del tribunal, repuesto ya el fiscal de la primera sorpresa, tomó la palabra para deplorar el acto de locura del respetable alcalde de Montreuil-sur-Mer y declarar que no se habían modificado sus convicciones por el extraño incidente, que ya se aclararía más tarde, y pedir entre tanto la condenación de Champmathieu, que para él seguía siendo el verdadero Juan Valjean. La insistencia del abogado fiscal estaba en contradicción con los sentimientos de todos los presentes, con los del público y con los del tribunal. Al abogado defensor le costó poco trabajo refutar el discurso del ministerio público y de sentar que, á consecuencia de las revelaciones del señor Magdalena, esto es, del verdadero Juan Valjean, el asunto había cambiado completamente de aspecto y el Jurado solo tenía ya delante de él á un inocente. El defensor dedujo de este incidente algunos epifonemas de gusto anticuado sobre los errores judiciales, etc. etc. El presidente, al hacer el resumen, se unió al defensor, y el Jurado declaró exento de culpa á Champmathieu. Pero como el fiscal necesitaba un Juan Valjean, escapándosele Champmathieu, tuvo que apoderarse de Magdalena.

En cuanto pusieron en libertad á Champmathieu, el fiscal se encerró con el presidente y conferenciaron sobre la necesidad de apoderarse de la persona del alcalde de Montreuil-sur-Mer. Era indispensable que la justicia siguiese su curso. Expidióse, pues, la orden de prisión y el fiscal la remitió á Montreuil-sur-Mer con un propio, á escape, encargando de ella al inspector de policía Javert. Ya sabemos que éste regresó á dicha ciudad inmediatamente despues de haber declarado.

Se levantaba de la cama Javert en el momento en que el propio le entregaba la orden de arresto y de traslación á Arras.

El propio era un individuo de la policía, también muy listo, que en dos palabras puso al corriente á Javert de lo sucedido en la sala de la Audiencia. La orden de arresto, firmada por el ministerio fiscal, estaba concebida en estos términos: "El inspector Javert constituirá en prisión al señor Magdalena, alcalde de Montreuil-sur-Mer, que en la vista de la audiencia de hoy se reconoció ser el ex-presidiario Juan Valjean."

El que no conociese á Javert y le viera penetrar en la sala de la enfermería, no adivinaria lo que estaba sucediendo y lo habría visto con su aspecto ordinario. Aparecía frío, tranquilo, grave, con los cabellos grises perfectamente alisados sobre las sienes, y subiendo por la escalera con su habitual lentitud; pero el que le conociese á fondo y le examinara con atención, se hubiera estremecido. La hebilla de su corbatín de cuero, en vez de estar en la nuca, estaba bajo de la oreja izquierda, y esto revelaba en él extraordinaria agitación.

Javert era un carácter completo; no se permitía tener un pliegue ni en su uniforme ni en su obligación; era metódico con los malhechores y rígido con los botones de su traje, y para llevar mal puesto el corbatín era preciso que experimentase una de esas conmociones que pueden llamarse terremotos interiores.

Presentóse sencillamente en la fábrica, despues de haber pedido cuatro soldados y un cabo en el punto de prevención inmediato, y los dejó en el patio, haciendo que la portera le guiase al cuarto de Fantina. La portera obedeció sin temor alguno, porque estaba habituada á ver gente armada venir á buscar al señor alcalde.

Javert, en cuanto llegó al aposento de

Fantina, levantó el picaporte y empujó la puerta con tanto cuidado como un enfermero ó un espía, y entró. Hablando propiamente, no entró. Se mantuvo de pié junto á la puerta entreabierta, con el sombrero puesto y la mano izquierda metida en el leviton, abrochado hasta la barba. Por la sangría del brazo se veía el puño de plomo de su enorme baston, que desaparecía por detrás de su cuerpo. Así se quedó dos minutos, sin que nadie notase su presencia. De repente Fantina alzó los ojos, le vió é hizo que el señor Magdalena volviese la cabeza para verle.

En el momento en que la mirada de Magdalena se encontró con la mirada de Javert, éste, sin moverse, sin acercarse, presentó espantosa fisonomía. No hay sentimiento humano que degenera en expresión tan horrible como el de la alegría. Su rostro expresó la alegría del demonio que encuentra á un condenado.

La seguridad de tener en sus manos á Juan Valjean hizo reflejar en su fisonomía todo lo que había en el fondo de su alma. El fondo removido subió á la superficie. La humillación de haber perdido la pista y de haberse equivocado, tomando á Champmathieu por Valjean, la borraba el orgullo de haber adivinado desde el principio y haber tenido desde tanto tiempo atrás certero instinto. La satisfacción de Javert estalló en toda su extensión; en su estrecha frente se dibujó la deformidad del triunfo, y desplegó todo el horror que puede ofrecer una fisonomía satisfecha.

Javert estaba en sus glorias en aquel instante. Creía, sin saber por qué, por una intuición confusa de su necesidad y de su éxito, que personificaba la justicia, la luz y la verdad en el desempeño de su función celeste de destruir el mal. Tenía detrás y á su alrededor, á una profundidad infinita, la autoridad, la razón, la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, que eran como sus satélites; protegía el orden, hacia brotar de la ley el rayo, vengaba á la sociedad, prestaba auxilio á lo absoluto y se erguía en la gloria. En su triunfo quedaba aun un resto de provocación y de combate, y de pié, altivo y resplandeciente, brillaba en el azulado ambiente con la bestialidad sobrehumana de un arcángel feroz; la sombra terrible de la acción que ejecutaba hacia visibles en su crispada mano vagos destellos de la espada social; satisfecho, pero indignado, tenía bajo sus piés el crimen,

el vicio y la rebelion, la perdicion y el infierno; lanzaba rayos, exterminaba y se sonreía con la incontestable grandeza de un San Miguel monstruoso.

Javert era espantoso, pero no innoble. Cuando se equivocan la probidad, la sinceridad, el candor, el deber á la conviccion, pueden llegar á ser repugnantes, pero aun así permanecen siendo grandes; su majestad, anexa á la conciencia humana, subsiste en estos casos; son virtudes que tienen un vicio, el error. La implacable y honrada alegría del fanático gozando en sangrientas atrocidades, conserva siempre algun resplandor lúgubre, pero venerable. Sin conocerlo, era Javert digno de lástima en medio de su repugnante felicidad, como todo ignorante que triunfa. Era doloroso y terrible ver su fisonomía, en la que se reflejaba lo que podria llamarse todo lo malo de lo bueno.

## IV.

La autoridad recobra sus derechos.

Fantina no habia visto á Javert desde el dia en que el alcalde la sacó de sus garras; la pobre enferma, sin explicarse por qué, se imaginó que venia á buscarla, y no pudiendo soportar la vista de aquella cara horrible, ocultó el rostro con las manos y gritó con angustia:

—Señor Magdalena, salvadme!

Juan Valjean—desde ahora le llamaremos así—que estaba ya en pié, dijo á Fantina con voz serena:

—Sosegaos; no viene por vos.

Despues volviése á Javert para decirle:

—Ya sé lo que quereis.

—Vamos pronto! respondió el inspector.

La inflexion de voz que acompañó á esas dos palabras tenia un no sé qué de frenética y feroz; no fué palabra humana, fué un rugido.

No hizo lo que tenia por costumbre; no habló más; no enseñó la orden de prision. Para él era Juan Valjean un combatiente misterioso, con el que luchaba hacia cinco años sin poder vencerle; su arresto no era un principio, era un fin; por eso se limitó á decir:

—Vamos pronto!

Al decirlo no se movió, sino que dirigió á Juan Valjean la mirada que arrojaba á los criminales como un garfio y con la que los atraía violentamente. Esa

mirada fué la que penetró en Fantina hasta la médula de los huesos dos meses atrás.

Al oír el grito de Javert, Fantina volvió á abrir los ojos; estando allí el alcalde creyó que nada debía temer.

Javert avanzó hasta el medio del aposento y gritó:

—Ea! vienes pronto?

La enferma miró á su alrededor, pero solo estaban en el cuarto el alcalde y sor Simplicia. ¿A quién tuteaba, pues, el inspector? Creyendo que á ella, se puso á temblar.

Entonces vió una cosa inaudita, tan extraordinaria como no la vió en los más tenebrosos delirios de su fiebre. El polizonte Javert cogia por el cuello al alcalde y éste humillaba la cabeza; creyó ver el mundo vuelto del revés.

—Señor alcalde! exclamó Fantina.

Javert soltó una carcajada, que le hizo enseñar todos los dientes.

—¡Ya no hay aquí ningun señor alcalde!

Juan Valjean no trató de separar del cuello la mano que le sujetaba; solo dijo:

—Javert!...

—Llámame señor inspector, replicó el polizonte.

—Señor inspector, quiero decirlos á solas una palabra.

—Habla alto, respondió Javert; á mí se me habla en voz alta.

—Es un favor que tengo que pedirlos,

—Te digo que hables en voz alta.

—Es que quiero que me oigais vos solo...

—Pues eso nada me importa y no escucho.

Juan Valjean se volvió hácia él con rapidez y le dijo con voz muy baja:

—Concededme tres dias; necesito tres dias para ir á traer á la hija de esta desgraciada moribunda. Pagaré lo que sea preciso y podeis acompañarme.

—Quieres burlarte de mí? gritó Javert. No te creia tan estúpido!... ¿Me pides tres dias para escaparte?... ¿Para que yo crea que vas á buscar la hija de esta mujer!...

Al oír esto Fantina se estremeció.

—Para traer á mi hija! ¡Luego no está aquí!... Hermana, contestadme; ¿dónde está Cosette? quiero mi hija! ¡Señor Magdalena! señor alcalde!

Javert dió una patada en el suelo.

—Esta es otra! ¿Te callarás, buena pieza? ¡Endiablado está este pais, en el que son alcaldes los presidiarios y las



ESTABA MUERTA.

mujeres públicas están cuidadas como marquesas!... ¡Pero todo va á cambiar, que ya es hora!...

Miró fijamente á Fantina y añadió, cogiendo de un puñado la corbata, la camisa y el cuello de Juan Valjean:

—Te repito que aquí ya no hay ningún Magdalena, ni ningún alcalde; solo está aquí un presidiario y un ladrón que se llama Juan Valjean, y es éste que tengo agarrado.

Fantina se incorporó súbitamente, apoyándose en los brazos y en las manos; miró á Juan Valjean, miró á Javert, miró á sor Simplicia, abrió la boca para hablar y salió un ronquido del fondo de su garganta; chocaron sus dientes, extendió con angustia los brazos, abriendo las manos convulsivamente, tentando á su alrededor, como el que se ahoga, y después cayó á plomo sobre la almohada. Su cabeza chocó contra la cabecera de la cama y le cayó sobre el pecho con la boca abierta, lo mismo que los ojos.

Estaba muerta.

Juan Valjean cogió con su mano la de Javert, que le tenía asido, y se la abrió como si fuese la de un niño, diciéndole:

—Habeis matado á esa mujer!

—Concluyan, gritó Javert furioso. No he venido aquí á gastar conversacion. Vámonos en seguida, porque sino, te llevará atado la guardia que está abajo.

Habia en un rincón de la sala una cama vieja de hierro en mal estado, que servia para recostarse las Hermanas de la Caridad las noches que velaban. Juan Valjean se acercó á ella, desencajó en un instante la cabecera, ya muy resentida, operacion fácil para fuerza como la suya, empuñó la barra principal y miró á Javert de piés á cabeza.

Javert retrocedió hasta la puerta.

Juan Valjean, con la barra en la mano, se fué con lentitud hasta la cama de Fantina, y al llegar á ella volvióse de frente hácia Javert, diciéndole:

—Os aconsejo que no me distraigais en estos momentos.

Lo cierto es que Javert temblaba. Tuvo la idea de ir á llamar á la guardia, pero Juan Valjean podia aprovecharse de esta ocasion para huir. Quedóse, pues, de pié, cogió el bastón por la punta y se apoyó en el quicio de la puerta, sin apartar los ojos de Juan Valjean.

Este puso el codo en la cabecera de la cama, apoyó la frente en la mano y contempló el rígido cadáver de Fantina, permaneciendo unos minutos absorto y mudo, sin pensar acaso en nada de esta

vida. En su rostro y en su actitud solo se reflejaba inexplicable compasion.

Después de su meditacion silenciosa inclinóse hácia Fantina y le habló en voz baja.

Qué le dijo? ¿qué le dijo aquel hombre, considerado como réprobo, á aquella mujer que estaba muerta? Nadie oyó las palabras que pronunciara. ¿Las oiria el cadáver? Hay ilusiones conmovedoras que son casi realidades sublimes.

Lo que está fuera de duda es que sor Simplicia, único testigo de lo que allí pasó, refirió después muchas veces que, mientras Juan Valjean hablaba á Fantina, vió asomarse inefable sonrisa á los lívidos labios de ésta y moverse sus pupilas vagas.

Juan Valjean cogió la cabeza de Fantina y la colocó en la almohada, como una madre hubiera hecho con su hijo; después la ató el cordón de la camisa y la metió el pelo dentro de la gorra. Hecho esto la cerró los ojos.

El rostro de Fantina parecia en aquel momento singularmente iluminado. La muerte es la entrada en la gran luz.

La mano de Fantina colgaba fuera del lecho. Juan Valjean se arrodilló delante de ella, la levantó con suavidad y la besó.

Después se puso en pié, y volviéndose hácia Javert, le dijo:

—Ahora estoy á vuestra disposicion.

## V.

### Tumba correspondiente.

Javert instaló á Juan Valjean en la cárcel de Montreuil-sur-Mer. El arresto del señor Magdalena produjo en la ciudad conmocion extraordinaria. Triste es decirlo, pero al oír la frase: *ha sido un presidiario*, todo el mundo le abandonó. En menos de dos horas olvidaron todos los beneficios que le debian los habitantes de la poblacion, pero tambien es preciso decir que no conocian los pormenores de lo sucedido en Arras. Durante todo el dia se oyeron conversaciones como estas:

—No lo sabeis? Era un presidiario que habia cumplido la condena.—Quién?—El alcalde.—Bah! el señor Magdalena?—Sí.—De veras?—No se llama Magdalena; tiene un nombre muy feo; se llama Bejean, Bojean ó Boujean.—Dios mio!—Está preso.—Preso!—En la cárcel, hasta que lo trasladen.—¿Que le trasladen? á dónde?—A Arras.—¿Por qué á

Arras?—Porque van á hacerle comparecer allí por un robo que cometió en la carretera hace muchísimo tiempo.—Ya me lo sospechaba yo; era demasiado bueno, demasiado amable y demasiado perfecto; renunciaba las condecoraciones y daba dinero á todos los pilluelos que encontraba, como si de ese modo quisiera ocultar su pasada mala vida.

En las tertulias, sobre todo, abundaban diálogos semejantes. Una vieja encopetada, suscritora á la *Bandera blanca*, hizo la siguiente reflexion, cuya profundidad es imposible sondear:

—Me alegro! ¡Así escarmentarán los bonapartistas!

Así se desvaneció el fantasma que se llamó el señor Magdalena. Solo tres ó cuatro personas permanecieron fieles á su memoria, y una de ellas fué la portera que le servía.

La noche de aquel mismo dia, esta digna anciana estaba sentada en el cuarto de la portera, asustada aun y sumida en tristes reflexiones. La fábrica estuvo cerrada todo el dia, la puerta cochera con el cerrojo pasado y la calle desierta. Solo quedaron en la casa las Hermanas de la Caridad, sor Perpetua y sor Simplicia, que velaban el cadáver de Fantina.

Al llegar la hora en que el señor Magdalena acostumbraba á recogerse, la portera se levantó maquinalmente, cogió la llave de la habitacion de su amo que estaba en un cajon y el candelero que llevaba todas las noches para subir la escalera; colgó la llave en el clavo de donde él la tomaba, puso á su lado el candelero, y se quedó esperando que viniese. Volvió á sentarse y comenzó á cavilar. La pobre vieja hizo todo aquello sin tener conciencia de lo que hacia. Al cabo de dos horas se apercibió de la triste realidad y exclamó:

—Calle! ¡pues no he puesto la llave en el clavo!

En aquel momento se abrió la puerta vidriera de la portera, pasó una mano por el hueco, cogió la llave y encendió la bujía del candelero. La portera levantó los ojos y se quedó con la boca abierta, sin poder lanzar un grito, que se le ahogó en la garganta.

Conoció la mano, el brazo y la manga. Eran del señor Magdalena.

Quedó sobrecogida algunos segundos antes de poder hablar, como lo refirió más tarde al contar esta aventura.

—Dios mio! señor alcalde, yo os creía...

Se paró antes de concluir la frase para

que no creyese que faltaba al respeto debido, porque Juan Valjean continuaba siendo para ella el señor alcalde.

—En la cárcel, añadió él. Sí, allí me encerraron, pero rompí un barroto de hierro de la ventana, me dejé caer desde lo alto de un tejado y aquí me teneis. Voy á mi habitacion; avisad á sor Simplicia que allí la aguardo. Sin duda está velando á la muerta.

La portera obedeció con rapidez. No la recomendó que guardase silencio; estaba seguro de que lo sabia guardar mejor que él mismo.

Nunca se pudo saber cómo Juan Valjean consiguió penetrar en el patio sin hacer abrir la puerta cochera. Llevaba siempre consigo una llave maestra que abria una puertecilla lateral, pero al registrarle debian habérsela quitado. Esto no se pudo aclarar.

Subió la escalera que conducia á su habitacion; cuando llegó dejó el candelero en el último escalon, abrió la puerta haciendo el menor ruido posible, y á oscuras cerró la ventana; despues tomó la bujía y entró con ella en su aposento. La precaucion era útil, porque su ventana se veia desde la calle.

Echó una mirada á su alrededor, á la mesa-escritorio, á la silla, á la cama que no se habia deshecho en tres dias. No quedaba vestigio alguno del desorden de la última noche que estuvo allí. La portera habia arreglado el aposento, pero habia recogido y dejado sobre la mesa el puño y la contera del garrote y la moneda que ennegreció el fuego.

Tomó una hoja de papel y escribió en ella lo que sigue: "Hé aquí el puño y la contera de hierro de mi baston, y la moneda de dos francos que robé á Gervasillo, de que he hablado al tribunal."

Despues dejó los indicados objetos sobre el papel escrito, para que fuese lo primero que viesen al entrar en el cuarto.

Sacó de un armario una camisa suya vieja, que hizo pedazos, y envolvió con ellos los candeleros de plata. Obraba sin prisa y sin agitacion, y envolviendo los candeleros del obispo mordía un pedazo de pan negro. Sin duda seria el pan de la cárcel que sacó de allí al evadirse.

Este hecho se comprobó por las migajas de pan que se encontraron en el suelo, cuando la justicia practicó el reconocimiento de la habitacion.

Dieron dos golpes suaves á la puerta.

—Entrad, dijo.

Era la hermana sor Simplicia. Estaba

pálida; tenia los ojos enrojecidos y le temblaba la bujía que llevaba en la mano.

Las violencias del destino consiguen, por disimulados y frios que seamos, sacar de sus entrañas á la naturaleza humana, obligándola á aparecer en el exterior. Las emociones de aquel dia convirtieron á la religiosa en mujer. Habia llorado y temblaba.

Juan Valjean habia escrito unos renglones en otro pliego de papel, que presentó á la hermana, diciéndola:

—Enviad esto al señor cura.

El papel estaba desdoblado. La jóven lo miró.

—Podeis leerlo.

Sor Simplicia leyó lo siguiente:—"Ruego al señor cura que cuide de todo lo que dejo aquí. Será preciso pagar las costas de mi proceso y el entierro de la mujer que ha muerto hoy. El resto lo distribuireis entre los pobres."

La hermana quiso hablar, pero solo consiguió balbucear algunos sonidos inarticulados. Sin embargo, acertó á decir:

—¿No quereis ver por última vez á esa desventurada?

—No, contestó; me persiguen y podrian encontrarme en su cuarto.

Apenas pronunció estas palabras, sonó gran ruido en la escalera: oyeron el tumulto de los pasos de gente que subia y á la portera que gritaba con toda su voz, diciendo:

—Os juro que no ha entrado aquí nadie, ni en todo el dia ni en toda la noche, y yo no me he alejado un instante de la portera.

Un hombre la replicó:

—Sin embargo, hay luz en aquella habitacion.

Reconocieron que era Javert el que hablabá así.

El cuarto estaba dispuesto de modo que al abrirse la puerta ocultaba el ángulo de la pared á mano derecha. Juan Valjean apagó su bujía y se metió en dicho ángulo.

Sor Simplicia cayó de rodillas cerca de la mesa.

Abrióse la puerta y entró Javert.

Oíanse el cuchicheo de muchos hombres y las protestas de la portera en el corredor.

La hermana no levantó los ojos: estaba orando.

La bujía, que estaba sobre la chimenea, daba escasa claridad.

Javert vió á la hermana y se paró, quedando suspenso. Recuértese que el

fondo de Javert, su elemento, su centro respirable era la veneracion hácia toda autoridad. Inflexible y absoluto en este punto, no admitia objecion ni restriccion. Creia que la autoridad eclesiástica era la primera de todas, y era religioso, superficial y correcto en este punto como en todos. Para él un sacerdote es un espíritu que nunca se engaña y una religiosa una criatura que no peca jamás; almas tapiadas en el mundo, que tienen una puerta que solo se abre para dar paso á la verdad.

Al ver á sor Simplicia, su primera intencion fué retirarse; pero tenia que cumplir un deber que le arrastraba en sentido inverso imperiosamente... Su segunda intencion fué quedarse y atreverse á preguntar á sor Simplicia, á aquella Hermana de la Caridad que nunca mentia. Javert lo sabia y especialmente por esto la veneraba.

—Hermana, la dijo, ¿estais sola en este cuarto?

Hubo un terrible momento de silencio, en el que la portera creyó morir.

La religiosa levantó la vista y respondió:

—Sí.

—Perdonadme, continuó diciendo Javert, si insisto por cumplir mi deber. ¿No habeis visto á un hombre que se llama Juan Valjean, que se ha evadido de la cárcel y que vamos buscando?

—No.

Mintió sor Simplicia y mintió dos veces seguidas, una tras otra, sin vacilar, con rapidez, como persona que se sacrifica á sí misma.

—Perdonadme, pues, contestó Javert, y se retiró saludando profundamente.

Oh, mujer santa! ¡años hace que ya no eres de este mundo y que encontraste en el reino de la luz á tus hermanas las vírgenes y á tus hermanos los ángeles! ¡séate descontentada esa mentira en el paraíso!

La afirmacion de sor Simplicia fué tan decisiva para Javert, que ni siquiera se fijó en la bujía que acababan de apagar y que humeaba aun sobre la mesa.

Una hora despues, un hombre, caminando á través de los árboles y de las brumas, se alejaba rápidamente de Montreuil-sur-Mer en direccion á Paris.

Este hombre era Juan Valjean. Se supo despues, por testimonio de dos ó tres trajinadores que le encontraron, que llevaba un lio y que vestia de blusa. Nunca llegó á averiguarse de dónde sacó aquella blusa. Sin embargo, como mu-